

# LIBROS

## Terenci Moix y el sadismo de nuestra infancia

He encontrado a más de una persona que me ha dicho: «A mí, Terenci Moix me cae gordo». Es un caso curioso el de Moix: el caso de un escritor vedette. Hay gente que se deja matar por él. Tiene «fans» como Raphael o como «El Cordobés» (a escala, claro está, literaria). Y hay otros que le odian a muerte. Se le acusa de ser mortalmente pesado, de repetirse en lo que dice, de ser un «bluff». Su propia hermana, Ana María, le reprocha haber dejado de llamarse Ramón para llamarse Terenci. Vive habitualmente en Roma, en un palacio abandonado. Tiene gato.

Todas estas circunstancias agravantes, sin embargo, no impiden que Terenci Moix sea uno de los escritores más interesantes del momento. El lector recordará que Moix es autor de tres obras narrativas en lengua catalana: «La Torre dels vicis capitals», «Onades sobre una roca deserta» y «El día que va a morir Marilyn». Creo que las dos primeras han sido traducidas al castellano. Ahora acaba de publicar un libro que podríamos llamar de novela-ensayo, o viceversa, en castellano: «El sadismo de nuestra infancia», que lleva un prólogo de Rafael Alberti (Editorial Kairós, 1970).

Terenci Moix imagina reunidos en una masía arcaica, situada entre Pont de Suert y el Valle de Bohí, a una serie de personajes de sus propios relatos anteriores entre los que no falta, naturalmente, él mismo. La conversación se prolonga durante tres noches consecutivas mientras en el exterior nieva sin cesar.

«Explicaré mi empeño —dice Moix— por encontrarme con ellos (los personajes) en esta especie de excursión li-

teraria. A partir de mil novecientos sesenta y cuatro, con mi primera novela, yo me había planteado reflejar en un ciclo novelístico el itinerario de mi generación, nacida en plena posguerra, desarrollada en ella y sin haber conocido, por supuesto, otro orden de cosas. Formada a partir y dentro de una historia que se imponía como totalmente nueva dentro de la historia general del país, esta generación mía, con sus diversas características, ha ins-

bro de Moix registra el benéfico influjo del autor de la «Crónica Sentimental». El propio Terenci acusa recibo de esa influencia. Su verdadera aportación, más que en la incorporación de la mitología de la canción, radica en la incorporación de la mitología del martirio. Son esos españolisimos niños de los años cuarenta los verdaderos culpables de todo:

Se nos había exigido la humildad total, el acatamiento



pirado los personajes centrales de mis novelas... Debo, pues, mi obra a esta generación, a sus mitos, a sus alienaciones, a su fuerza probable y, en gran parte, a los que la han manipulado a través de todo ello».

El libro empieza con unos «prolegómenos al estudio del sufrimiento como tema dominante en la mentalidad de los años cuarenta hispanoideles, siguiéndose un interrogante sobre la culpabilidad de los niños de seis años». Se recogen, un poco a la manera de Vázquez Montalbán, esas «canciones de sufrir» que se oían en los patios de la posguerra. De hecho, todo el li-

a un orden cuyo alcance era incomprendible; pero para conseguirlo tuvieron que contar primero con la descripción de un sufrimiento (personificado en figuras religiosas o, a nivel más amplio, en la generación que había sufrido la guerra) que nosotros teníamos que asumir como culpabilidad nuestra. En la mayor parte de los salmos que nos hacían cantar había esta culpabilidad tácita, que nos correspondía, y un continuo insistir en el hecho de que nosotros, niños viles, habíamos sido los que crucificamos a Cristo o los que con nuestro grave pecado —cuando teníamos sólo una noción muy elemental de lo

que el pecado podía ser— clavábamos una a una las dagas que traspasaban el corazón de María.

A partir de este alucinante principio, más adelante corroborado y fundamentado en la terrible historia de los mártires de Roma, tal como la cuenta el cardenal Wisemann en «Fabiola» o en la increíble, fabulosa, enternecedora leyenda de San Gerardo, mártir por gusto, van surgiendo los temas de la mitología y las peripecias de la enrarecida existencia de toda una generación de españoles (juventudes católicas de España, galardón del Ibérico solar): María Montez, el ípsimo, Kubala, Robín de los Bosques, la peregrinación anual al Pilar de Zaragoza, el libro de Mao, el popismo, la endebles de la revolución sexual de los años sesenta, el «ghetto» de los intelectuales, el drama del idioma de los catalanes...

Y al final, la muy terenciana alegoría de la destrucción de los templos de Tell-el Amarna y la muerte de la generación de Smenkaré y Tutankamon, a la cual «después de un comienzo tan esperanzador como verse representada en el trono por uno de los suyos, le fue negada cualquier participación en la forja de la Historia». Pero esto pertenece ya al próximo libro de Terenci Moix: «Smenkaré». ■ LUIS CARANDELL.

## El inventario de J. C. Trulock

Es poco probable que a Jorge Cela Trulock su condición de hermano de Camilo José le haya acarreado muchos beneficios en el orden de la literatura pero Jorge compensa sus desventajas con creces. Ahora mismo, por ejemplo, acaba de publicar «Inventario base» (Ed. Alfaguara), novela importante, que sale a la calle sin publicidad, sin premio, sin estridencias. Cuatro mil ejemplares a la intemperie, sin protección, en un momento en que arrecian los malos vientos. No ha tenido miedo porque se trata de una obra sólida, que puede gustar o no a minorías o al gran público, pero a la que nadie podrá quitarle las virtudes de su bien trabada estructura, las conquistas que aporta

como resultado de un experimentalismo riguroso, sin caóticos excesos.

«Inventario base», modelo de novela objetivista a la manera de la «escuela de la mirada» o del «nouveau roman», carece, sin embargo, de su radicalismo formalista; tampoco tiene su frivolidad. Los estructuralistas franceses han asumido funciones apologeticas con relación a la fórmula de Robbe Grillet y los suyos. Para Barthes, por ejemplo, han dado muerte a la sensibilidad romántica y al objeto clásico. Hasta que alguien descubrió, después, sin duda, de «El año pasado en Marjénbad», que la tendencia constituía el resultado de la labor de subjetividades puntillistas, desde muy concretos lugares de observación (filosóficos, ideológicos, etcétera), y que la pura descripción representaba un imposible empeño.

Mientras la «novela objetivista» francesa se agota en sí misma, incapaz de trascender sus específicas coordenadas, «Inventario base» presenta una situación real, describe unos hechos socialmente verificables, se alza sobre su propio nivel para suscitar, provocar, proponer o invitar a la reflexión, a la reacción, a la toma de conciencia o a la protesta. Vale por sí misma y es a la vez plataforma, revulsivo, acicate, sin que el autor formule expresamente una dirección, una interpretación. Sin que indique el sentido en que la anécdota puede trascenderse. En esta familia enjaulada, presa en la trama social, sin posibilidad de escapatoria de una dimensión vital plana, se verán reflejadas muchas experiencias comunes.

No hay, hemos dicho, excesivos radicalismos técnicos; no se advierte en la obra ninguna beatería «objetal». Hasta el diálogo aparece inserto en el marco mismo de la acción, en cada escena descrita, humanizándola, quedando así integrado y justificado un recurso del que ahora se abusa a demasiado, seguramente por imitación de los latinoamericanos.

El de Jorge C. Trulock es un experimentalismo positivo, en virtud, por una parte, de su contención, característica que permite al escritor volverse constantemente sobre el procedimiento ensayado para fijar bien sus límites, prohibiéndose así todo tentador exceso. En virtud también del uso trascendente que Trulock hace de su aventura